

JOÃO G. NOLL

Harmada

João Gilberto Noll

Traducción de
Claudia Solans



João Gilberto Noll

Harmada

Traducción de Claudia Solans



Adriana Hidalgo editora

Bajalirbos.com

Noll, João Gilberto- Harmada. - 1ª.ed.

Buenos Aires : Adriana Hidalgo editora, 2008. (Narrativas)

Traducido por: Claudia Solans

ISBN 978-987-1923-48-9

1. Narrativa brasileña. I. Solans, Claudia, trad. II. Título

CDD B869.3

Narrativas

Título original: Harmada

Traducción: Claudia Solans

Editor: Fabián Lebenglik

Maqueta de tapa: Eduardo Stupía

Diseño: Gabriela Di Giuseppe

© João Gilberto Noll, 2008

© Adriana Hidalgo editora S.A., 2008

www.adrianahidalgo.com

ISBN Argentina: 978-987-1923-48-9

Impreso en Argentina

Queda hecho el depósito que indica la ley 11.723

Prohibida la reproducción parcial o total sin permiso escrito de la editorial. Todos los derechos reservados.

Aquí nadie me ve. Y puedo por fin acostarme en la tierra. Aprovechar la tierra que se hizo barro después del temporal.

Algo se choca con mi hombro. Levanto la cabeza, me pongo panza arriba. A mi lado, una pelota de fútbol. Justo allí, un chico –sí, el dueño de la pelota.

Tomo la pelota con urgencia. Miro al chico sin la menor voluntad de levantarme. Estoy allí, acostado en la tierra, todo embarrado, y miro hacia el chico que ve su pelota de fútbol presa en mis manos.

Él me mira y su expresión no parece emitir ninguna señal de espanto por verme en este estado en que me encuentro.

–¿Qué pasa, chico? –pregunto.

–Nada, es mi pelota...

–¿Qué hay con tu pelota?

–Está ahí –apunta en dirección a mis manos.

–Ah, aquí...

Me miré las manos, arrojé la pelota.

El chico la abrazó.

Yo me levanté.

–Hoy me lastimé la pierna en un partido, necesito algo que me cure antes de dormir, no alcanzo a ver bien la herida, es aquí atrás.

El chico recitó esta información maquinalmente, como si no le importara mucho, como si la dijese tan sólo para ta-

par un agujero.

Pues, resolví tomar su información en serio. Me incliné, apreté la pantorrilla del chico, cerca de la herida, él exclamó un ay, respondí que no era casi nada, miré hacia arriba, vi una pizca de indiferencia en su actitud, alrededor de él había algo como una aureola anaranjada, el sol nacía en el horizonte de un río cualquiera por allí...

–Un río cualquiera –murmuré distraído.

–¿Qué? –preguntó él.

–Un río cualquiera –repetí.

–Nadé bastante antes del partido –dijo.

Me volví hasta estar muy cerca de la herida del chico, saboreé el gusto medio repulsivo de mi boca vacía, y solté una escupida bien en el centro de la herida.

–Esto es bueno –afirmé resuelto–, los pueblos de la Mesopotamia trataban así sus heridas, esto es muy bueno.

El chico apretó los ojos, se mordió el labio inferior, dobló la pierna y miró hacia atrás.

–Y te curas con lo que llega adentro, en la Mesopotamia era así –insistí.

A partir de ahí fue como si el chico se evaporara, allí, frente a mí... Su cuerpo continuaba entero, sí, incluso su herida y todo lo demás, pero él parecía hueco, no sé, lo que sé es que él solamente caminó –entró por una senda en medio del matorral, dejando tras de sí unas pisadas que un viento leve vino a borrar de inmediato, cubriendo las marcas de las zapatillas con hojas muertas, hierbas secas, pedazos de astillas...

Oí el ruido minúsculo de gotas que podrían estar goteando en algún espejo de agua, a veces el ruido era más seco, clavado, parecía el de una gota chocándose con la superficie de un zinc, quién sabe de una lata –fuera donde fuese, tenía un timbre agudo, la duración precisa y podría calmarme.

Fue entonces que decidí abrazarme alrededor de un tronco... y adormecerme.

De vez en cuando sentía en la piel la picadura de algún insecto, entonces aplicaba una palmada en el lugar, abría los ojos, daba de cara con una hendidura medio lúgubre que iba devorando poco a poco el interior del tronco, pero yo no cambiaba de lugar, prefiriendo someter a mi cansancio cualquier inconveniente que pudiera aparecer en aquel matorral; no recuerdo con nitidez qué soñé, recuerdo que una fuerza informe lograba tragarme, y que aunque al principio fuera intimidante, eso que me expelía de mí no me convertía propiamente en un tráfuga sino que me disolvía dentro de una especie de pasaje que era caliente y recordaba, no sin asombro, el gozo sexual, y eso era tan verdadero que me desperté en el exacto momento de una polución. Quise confirmarlo y me toqué la ingle pegajosa.

Ahora me desenredaba del matorral y todo me espantaba un poco, eran esas uñas que yo veía como mías, las manos abiertas, los dedos estirados, esas uñas enormes como si no las cortara desde hiciera meses, casi ya no reconocía aquella casa hacia donde parecía dirigirme en ese instante, allí, a pocos pasos, muy pocos, ¿eres tú?, así dijo ella en cuanto me vio abrir la puerta, las manos sobre la mesa, los cabellos rubios lacios, Sandra, sabes Sandra, dije, sabes, necesito un baño, mira, y una canción melindrosa empezó a sonar, creo que de la vecindad, y yo podría decir el viento, podría decir la bruma, podría decir ¿qué más?, que había venido lleno de regalos, que sólo tenía que volver al auto y

tomarlos, pero mi apariencia estaba oscura de tierra y dije que necesitaba tomar un baño.

Cuando pasé por el cuarto vi que ahí dentro había un hombre, sentado en la cama. Me detuve. Cerré la puerta detrás de mí. El hombre intentó levantarse.

Abrí la puerta loco por reírme.

Volví a la sala, cuando lo que yo necesitaba hacer era entrar al baño y abrir la ducha. En la sala, Sandra pintaba un cuadro. Me acerqué, había por ahí un trapo todo sucio de tinta, me limpié la boca con él.

No sabría describir aquella casa, no había nada en ella que valiese mucho la pena, salvo, tal vez, aquella mujer pintando la tela donde se formaban sombras que parecían llenas de electricidad. Esto fue lo que dije:

—Esas sombras parecen cargadas de electricidad.

Tomé una ropa que había olvidado meses atrás en un rincón de la sala, una ducha fría para limpiarme y matar el calor, eso era bueno... un leñador, un hombre barbudo del otro lado de la banderola del baño, gorro amarillo con inscripciones que yo no lograba leer, intentaba derrumbar a golpe de hacha un árbol seco, cigarro de paja en la boca..., pero este baño, pensé, mira sólo el caldo oscuro que escurre...

Yo podría reír, y eso fue lo que ocurrió, me reí. No, no fue frente al espejo, no fue dentro de aquel baño, fue en el bar donde estaba ahora, apoyado en un mostrador, conversaba con el muchacho que atendía, él me contaba que hacía poco había terminado su servicio militar.

—Ah —dije—, yo no, la única vez que entré en un cuartel fue el día del alistamiento, aquella fila enorme de hombres desnudos, y al llegar mi turno le dije al doctor: perdí mi ojo

izquierdo jugando al pirata en la infancia, este que traigo es de vidrio, el niño me clavó la espada de madera en la retina y yo vi brotar la sangre, al principio ni dolió. Me mandó que entrara en la fila de los exentos por insuficiencia física y mental.

Y fue ahí que me reí. Me reí y el muchacho también pareció reír un poco. Además, en verdad ni siquiera recuerdo bien si el muchacho se rió o no, sé que mientras yo me reía noté a un sujeto sentado cerca de mí, con el codo sobre el mostrador, y el sujeto parecía tener ganas de reír conmigo, por lo menos lo parecía, tal vez por tener un aire de compli- cidad, pero fuera lo que fuese el hombre estaba allí esbozando algo que, para alguien de buena voluntad, podría significar, tal vez, el preámbulo de una risa, y no me pedía compañía, no era exactamente eso, sino que algo en él, allá en el fondo, daba a entender que esperaba una oportu- nidad y que esa oportunidad sólo podría venir de mí, de nadie más.

Relampagueaba, los dos caminábamos por un camino de tierra y él me ofrecía un pañuelo, que parecía blanco debajo de aquella noche oscura, para que limpiara el sudor que me entraba por los ojos, él acababa de limpiar el suyo con el pañuelo que ahora me ofrecía; el hombre expresaba a su manera un gesto de solidaridad al ofrecerme, allí, el pañue- lo empapado con su sudor, agradecí, le devolví el pañuelo y tiré del cuello de mi camisa, con él limpié el sudor de la frente, la nariz, el mentón, el hombre tenía un defecto en la pierna, rengueaba, no rengueaba tanto hasta el punto de que yo tuviera que disminuir considerablemente la veloci- dad de mis pasos para que pudiésemos ir lado a lado, no, yo caminaba normalmente, o casi, él arrastraba la pierna en aquella media marcha y nada parecía pesarle mucho, hasta que nos internamos por un matorral húmedo, resbaladizo, lo que le dificultaba, claro, el andar; el hombre en un deter- minado momento llegó a tomarse de mí para no caer, un bicho chilló allá dentro del matorral, pregunté qué era para

constatar su familiaridad con el ambiente, él respondió que era un subá, ¿cómo?, interrogué, subá, un ave nocturna, dijo él, en ese instante ya estábamos a la orilla de un río agitado por una correntada, una copa frondosa de palo borracho sobre nuestras cabezas, y allá, en la otra margen del río, en la punta de un barranco alto y escarpado, un hombre pescaba con un anzuelo, no se veía casi nada de él, a no ser que usaba un sombrero y una capa oscura casi hasta los tobillos, el hombre rengó a mi lado me dijo mira allá, es él, ¿él quién?, pregunté, está siempre allí pescando a la noche, respondió el hombre, habla bajo, no hagas ruido, dijo el rengó, y el hombre que pescaba quedó medio iluminado por una luz que rasgaba las nubes agoreras y comenzaba a mostrarse superior al inminente temporal, iluminando un poco aquel río, la correntada, el rengó, el hombre que pescaba, y yo me pregunté, ¿será que nos vamos a quedar aquí toda la noche? y de pronto se me ocurrió que preguntar algo allí sobre aquella noche no tenía provecho práctico alguno, no llevaría a hechos precisos ni los evitaría, lo cierto es que yo estaba allí, acompañado por aquel individuo rengó que andaba por la margen de la correntada del río, como si quisiera apartarse del radio de visión del hombre que pescaba, sí, yo estaba acompañado por aquel individuo rengó, que andaba, sí, por la margen de la correntada del río obligándome a seguirlo, incluso porque no era nada inconveniente que así fuese, que yo lo siguiera en vez de ir hacia otras... como por ejemplo volver al bar, sentarme, apoyarme en el mostrador, oír al muchacho que habla sobre su servicio militar, no, no había nada mejor para hacer que continuar allí siguiendo a aquel individuo rengó por la orilla de la corriente del río que ahora centelleaba aquí y allá con la luz de la luna, y yo podría evocar a algún supuesto familiar distante, un ancestro desaparecido en el polvo del tiempo, un amigo sumergido en la memoria, podría evocar alguna figura en la que pudiese apoyarme, para que me sintiera menos extraño con aquel extraño que rengueaba e iba allí frente a mí, pero no, así estaba bien, yo un ex-

traño, él, otro, yo conocía allí un estado de puro desprendimiento, algo así, sin vacilación.

Llegamos a un punto en que el río hacía una curva y ya no se veía muy bien hacia dónde continuaba su curso. Había luna, la luna que iluminaba toda una porción por allí, y si yo estiraba el cuello tal vez podría divisar enfrente un importante tramo de la correntada. Pero era una curva imponente, cerrada, y el rengo había resuelto detenerse por fin, como si estuviera evitando lo que vendría más allá de aquella curva.

Entonces se detuvo. Y comenzó a desvestirse. Me pidió que hiciera lo mismo, que yo debía ver qué belleza eran las aguas del río en una noche con semejante calor, que el peligro de la lluvia había pasado, él sólo quería vernos en esa agua, oyendo el ruido de la corriente, metidos en esa agua, así...

Cuando pronunció el así, noté que él ya estaba desnudo, con el agua en las rodillas. Yo no tenía nada más que hacer además de lo que comenzaba a hacer ahí; me quitaba la ropa, con una consideración medio tonta por cada instante de esta operación de quitarme la ropa: desabotonaba cada botón de la camisa como si desabotonar los botones de la camisa fuera un arte, digamos, milenario; abría el cierre del pantalón muy lentamente, como si sólo después de abrir el cierre del pantalón yo fuera a merecer el premio que había ansiado la vida entera, y los zapatos entonces... escuché un leve suspiro cuando vi mis pies desnudos, incluso antes de deshacerme del pantalón me masajeeé discretamente los dedos de los pies, y al entrar al río sabía que allí había un baño de verdad, podría decirse que el agua estaba fría, era un hecho, pues una corriente no se deja absorber por el calor del sol, la corriente en movimiento continuo y orgulloso de sí no había dado tregua al aparentemente imbatible sol de aquel día, sí, las aguas estaban frías, pero eso fustigaba mi sangre y la convocaba a no sé qué, tal vez a que yo en-

trara más y me sumergiera con severa determinación en las aguas de esa noche.

En aquella calle luminosa oí un eco pausado, de un timbre radiante, movido, pensé, por una luz todavía más intensa que la de la calle por donde pasaba, y vi que yo pertenecía a la próxima ráfaga de viento y me preparé (me arreglé el cuello de la camisa, el cabello) para dejarme llevar... No sé de dónde vinieron esas palabras, si de la memoria o de una fiebre momentánea, lo que sé es que vinieron a mi cabeza al dar mis primeros pasos en el fondo pedregoso del río –lodoso en varias partes. El rengo me hacía gestos, me llamaba con los dos brazos, él que ya estaba en medio de la corriente, y pensé que cuando llegase allá, muy cerca de él, tendría una rara percepción no sólo de aquel hombre sino también de todo, lo que me hizo concluir que sería bueno que llegara allí pronto, al medio de la corriente, y que me acercara por fin a lo que yo todavía no sabía decir.

Y allí estaba el rengo, el viejo rengo, aquel rengo feo, desagradable en su deformidad, sin demostrar nunca la menor elegancia en los movimientos, llamándome con aquellas señales repugnantes con los brazos, sin la voluptuosidad soberana de la corriente del río, del río cuya índole ignoraba el sol, el cielo, las estrellas y la luna, que le daba lo mismo que nosotros nos bañaríamos allí en sus aguas, que le daba lo mismo hasta los peces, los animales que se deslizaban en su vientre, él era el río en su correntada altiva, y aquél allí frente a mí, en ese instante ya a pocos palmos, era el rengo, ese peso rengo que ahora me agarraba y me tironeaba y me llevaba junto a él, ese rengo que yo apartaba con la desesperación de mis pocas fuerzas, que yo apartaba de mí casi con las uñas, a los gritos también para hacer frente a su loco griterío, aquel rengo que ahora se agitaba ya apartado de mí, aquel rengo que revolvía la cabeza, los ojos, los brazos, aquel rengo que, repentinamente, sin que yo pudiera comprender, sin tener aparentemente qué ni porqué, aquel rengo que sí, repentinamente,

repito, y dejándome estupefacto, sin acción, aquel rengo que con un ¡pluf!, una nada, se hundió, y que se hundió en el fondo de las aguas porque esperé uno, dos minutos y no volvió, no sé si tragado por un animal o arrastrado hacia el centro de un agujero, no sé, sólo sé que nunca más lo vi, incluso me sumergí cuatro o cinco veces, hasta fui bastante hondo, llevado por la corriente al interior del río, los ojos abiertos, nada que yo pudiera decir ¡es él! –llegué a la superficie ya más allá de la curva, las aguas más violentas ahí, no titubeé y alcancé con dificultad la margen, ansioso, el corazón que se me salía por la boca, me senté en la barranca, miré la luna y retomé la respiración.

Me quedé un tiempo así, quieto, pensando en los últimos acontecimientos, intentando hacer un sucinto balance de lo que acababa de ocurrir, preguntándome si en verdad todo había estado compuesto por acontecimientos, por hechos que aparecen en la superficie de los segundos, de los minutos de aquella noche todavía no muy avanzada, o si todo no había pasado de ser un breve colapso entre la apariencia y lo íntimo de las cosas, lo que había parecido que era, no lo era, aquel hombre rengo no había desaparecido, tal vez ni siquiera llegaba a haber sido, yo no sabía lo que estaba haciendo delante de aquel río con correntada, debajo de aquel cielo estrellado, de aquella luna, todo eso probablemente no existiera, era quién sabe una secreción mental oriunda vaya a saber de qué entrañables motivaciones, era necesario –y comencé a jugar con esa idea–, era necesario tan sólo que me levantara de allí, buscara mi ropa que no debería de estar lejos, que me vistiera y entonces saliera del matorral, sólo eso era necesario para que por fin dejara atrás todo aquello y pudiera olvidar para siempre a ese hombre rengo, disolverlo en mi pensamiento así como había sido disuelto frente a mis ojos en las aguas de aquel río.

Al levantarme me sentí levemente atontado, algo como una molestia en la columna, como si corriera por ella un ta-

llo ardiente, algo que no era exactamente una indisposición, sino esa sensación mixta, hecha de una perturbación que contiene la latencia de un disfrute... pero me levanté tratando de no aferrarme a nada que no fuera ir hasta donde había dejado mi ropa, el pantalón, el calzoncillo, la camisa que ahora encontraba, sí, y que me ponía pensando sólo en eso: salir del matorral lo más rápidamente posible y soterrar en lo más hondo de mí todo aquello que había presenciado hacía poco, no porque me sintiera responsable por lo que sea que fuese, mucho menos culpable, pero prefería, eso sí, que nada de aquello hubiera ocurrido, eran imágenes que saboteaban de alguna forma una cierta, cómo decir, placidez, eso, placidez que yo venía buscando en los últimos meses, después de lo que me había ocurrido tiempo atrás, cuando entonces resolví explorar esta región en busca de eso, de eso que acabo de llamar placidez.

Y de repente venía aquel hombre rengo, me llevaba hacia la correntada convulsa de este río –irrumpiendo todo aquello...

Cuando pasé por el lugar donde en la otra margen, en lo alto de la barranca pescaba aquel hombre con un anzuelo, con un sombrero y una capa oscura que parecía de náilon, cuando pasé por allí el hombre ya no estaba. Me detuve. Miré alrededor, no tanto para intentar encontrarlo por allí quién sabe todavía pescando, no... lo que me atravesó fue una sospecha rara, quién sabe aquel hombre sabía más que yo y ahora me espiaba, me controlaba, pensé.

Al llegar al camino noté en el fondo una construcción con las ventanas muy iluminadas, que en la fachada tenía la palabra hotel en letras fluorescentes. Me dirigí hasta ese edificio que no tenía más de dos pisos, me miré en el espejo de la portería, vi que estaba desgredado, cabello y barba sin aseo, la camisa rota, seriamente gastada en el cuello, y vi también que tenía que hacer algo con aquellos dientes arruinados principalmente en el arco inferior, aquella devas-

tación que me hacía masticar sólo con los dientes frontales –¿y si estos flaquearan con tanto trabajo?, fue la pregunta tonta que quedó en el aire.

Pero en aquel instante ninguna preocupación de este orden debería afirmarse, pues salía música del salón que parecía haber contiguo al pequeño zaguán donde me miraba en el espejo, hasta llegué a poner el dedo en la lengua para humedecerlo y después pasarlo por las cejas, intentando alinearlas. Había visto eso mucho tiempo atrás en una película, el actor haciendo lo mismo frente al espejo, como si se estuviera preparando para una ocasión especial, un personaje que tal vez no poseyera mucho más para ofrecer de su cuerpo además de aquellas cejas alineadas, pero no era triste, no, había cierta promesa en sus ojos hinchados por la bebida, pues ellos parecían listos para recuperar, no sé bien... tal vez una cierta disposición, tal vez lo que llaman de luz.

A mi izquierda había un afiche de un espectáculo que habría en el salón en unos minutos. El afiche anunciaba que era una pieza de un autor ruso llamado Yuri Dupont. Me extrañó el apellido.

Le pagué a la muchacha que vendía los boletos y entré. Las luces se apagaron inmediatamente, como si sólo estuvieran esperando por mí. Una cortina desprolija se abrió. En el escenario, la presencia de dos mujeres. Después vi que eran los dos únicos personajes de la pieza. Dos rubias entre los veinticinco y los treinta años, bonitas, bonitas de verdad, me impresionaron. En el espectáculo hacían de dos seres sin sexo definido que se encontraban por primera vez en una estación de tren. Una se iría muy lejos, la otra quedaría en medio del camino. Las dos terminarían en el mismo camarote del tren y más hacia el final de la pieza tienen una relación sexual, no la vieja y popular encamada, claro, puesto que eran seres sin sexo definido; tal relación sexual tenía una insólita manera de expresarse: una de espaldas